

LA ESPERANZA ES UN PREMIO.

Espero impaciente a que María descuelgue el teléfono. Está ingresada en un hospital. Hace tiempo que le diagnosticaron una de esas enfermedades que evitamos pronunciar su nombre. Es grave, es crónica y muy frecuentemente mortal. Pero no, no la nombraremos.

Pretendo que se anime, para ello le propongo que abrace la lectura y que se atreva con la escritura, así podrá exteriorizar sus sentimientos, sus anhelos, mostrar sus inquietudes, en fin, disfrutar.

—¡Hola Mario! —responde enérgicamente—. Estoy dándole vueltas a la información que me enviaste sobre el certamen literario de San Esteban de Gormaz. Me ha encantado la idea y he decidido participar. Hay una historia que me gustaría presentar. ¿Te acuerdas de la excursión nocturna que hicimos en 2009? Partía desde la atalaya del Burgo de Osma y concluía en el castillo de San Esteban. Probaré a escribir sobre ello.

—Me parece estupendo. ¿Ya has redactado algo? —contesto.

—Sí, te lo envío y me das tu opinión.

«El sábado 28 de marzo salí de Soria rumbo a la villa sanestebeña. A los lados de la carretera se desplegaban los campos castellanos de colores ocre y marrones. Era el tono de las fincas de labor donde aún no habían aparecido los primeros brotes verdes. Los chopos vestían trajes invisibles que dejaban al desnudo sus troncos y ramas grises. La primavera comenzaba a abrirse camino muy sutilmente y el cielo, de un azul intenso sin una nube que lo enturbiara, presagiaba noches despejadas y madrugadas gélidas».

Me llega un Whatsapp al teléfono con el texto, el emoticono sonriente y el dedo pulgar levantado seguido de tres labios carnosos y rojos. Esa es su firma, siempre termina así los mensajes cuando no está de bajón, claro. Si entra en bucle y aflora el brote psicótico deja de ser ella. Distorsiona la realidad, pero en su mente es tan

auténtica que es casi imposible disuadirla y convencerla. Los fantasmas se hacen sus aliados, ve conspiraciones por todas partes y nos acusa de urdir planes contra ella. Ve insultos e injurias en nuestros labios. ¡Es una locura! No la entendemos, a veces ni siquiera nos deja abrazarla, nos esquivo. Se recluye en su casa, no quiere salir, no quiere hablar, no quiere vivir... Solo busca morir. Tras el primer intento de suicidio le diagnosticaron “trastorno bipolar”. Una de tantas enfermedades mentales de las que desconocemos sus síntomas, efectos y consecuencias, pero que conviven con nosotros como espectros invisibles. Pues tienen nombre, aunque nos dé pudor pronunciarlo.

Al día siguiente recibo otro mensaje de María.

«También recuerdo aquellas mañanas frías en las que los patos hacían malabarismos sobre las aguas heladas del río. Tumbada en la cama de esta clínica echo de menos, más que nunca, los paseos cerca del Duero por la chopera del Sotillo, pisando las hojas descompuestas que arrojan olores a selva ribereña. Las huellas de mis botas en el barro trazaban letras de una escritura ilegible. Miraba el gran puente. En aquel tiempo los árboles le hacían un pasillo con sus ramas, hoy han talado sus tallos, y sí, luce bonito, pero sin un manto vegetal que le dé cobijo. Observaba la fábrica de harinas, la original claro, la actual se levantó después de que el fuego la consumiera en diciembre de 2016. Añoro el paso bajo el arco que lleva a la plaza y los ratos de charla en los soportales antes de serpentear por las callejuelas hasta la bodega de mi padre, a los pies del castillo».

Sus frases suenan nostálgicas y decrépitas, como si fuese una anciana, aunque es muy joven, sí, demasiado joven. Me llegan sus palabras igual que una endecha, como un lamento. ¡Ayer se mostraba tan feliz! Así es esta enfermedad, a veces arriba, otra temporada abajo. Pero sigue enviándome notas.

«Por la tarde se programaron unas charlas en el salón de las escuelas viejas, hablaron sobre las fortalezas de San Esteban. Yo, como el público en general, conocía las ruinas que se alzaban sobre las bodegas, en lo alto del promontorio y visibles desde la lejanía, sin embargo, me sorprendió la teoría de que el cerro de

Castromoro también pudiese formar parte del complejo defensivo. ¡Vaya, dos castillos por el precio de uno! Estuve muy atenta a las explicaciones.

Cuando terminó la conferencia la luz del día se había esfumado, desapareció arrebolada como las ascuas en la lumbre. Fuegos que, al deambular por la calle mayor, se intuían por el olor a leña quemada y porque algunas chimeneas soltaban hilos de humo grisáceo. La villa de San Esteban de Gormaz tenía ese sabor a aldea medieval escondida entre edificios de nueva construcción. La hora fijada para emprender la ruta se acercaba. A las 23:00 teníamos que presentarnos en la atalaya de Uxama. Me puse los pantalones más gordos, la cazadora más recia, guantes, gorro y guardé en la mochila los nervios, no obstante, creo que eran de tal magnitud que se escapaban por la comisura de las cremalleras. Se trataba de mi primera marcha sin luz solar y estaba un poco inquieta.

Era una noche de cielo limpio y viento calmado, de aire frío, en el que el vaho caliente de la respiración se quedaba suspendido. El eco multiplicaba nuestras palabras y a mí el corazón me latía acelerado. Se formaron los grupos y partimos tras el guía en dirección al foco parpadeante de la siguiente atalaya, la de Quintanilla.

El suelo helado y la hierba, con sus filamentos congelados, lanzaban destellos argentados. Cada paso producía un crujido sedoso, la tierra parecía azúcar glaseado que al tocarlo se desvanecía. Entre el cielo y la tierra estaba lo opaco y nosotros osábamos deslizarnos a través suyo. Nuestras risas rompían el silencio, después regresaba la pausa, la calma y todo volvía a reposar. Parábamos intermitentemente a tomar algún tentempié; sacarlo de la mochila implicaba armarse de valor, ya que había que quitarse los guantes para poder manipular las piezas de fruta o frutos secos. Supuso un acto de valentía intentar reponer líquidos. Beber de la botella no siempre fue posible, los que la llevaban en el lateral del macuto, a la intemperie, comprobaron que el agua se había transformado en un cubito de hielo.

Cuando caminaba entre las tinieblas de la noche y las sombras que proyectaban nuestros cuerpos al chocar con la luz de los frontales, pensaba en qué estaría haciendo si no hubiese aceptado la invitación. Quizás estaría viendo una aburrida

película de esas que emiten un sábado por la noche, recostada en el sofá, con la luz de la lámpara a medio gas y reflejando el perfil de mi silueta en la pared blanca del salón.

La razón atribuyó consciencia a la realidad de la situación y me invadió una excitación hasta entonces desconocida, y recordé una frase de Julio Villar: “Qué triste sería estar ahora encerrado en casa sin sospechar lo que está pasando fuera”.

¡Qué feliz me sentí de estar fuera!

Sin darnos cuenta progresamos guiándonos con la única luz de los frontales. Tuvimos que superar un repecho no demasiado empinado, pero nuestro intelecto, confuso por la ausencia de imágenes, no informó a nuestras piernas de la inminente subida. No notamos la fatiga hasta bien avanzada la cuesta. Al caminar de día se ven los desniveles y las dificultades que revela el sendero, el cerebro va sopesando las exigencias y regula el esfuerzo, prepara al cuerpo, este se pone alerta y adapta el ritmo a la forma física del individuo, todo se armoniza, sin embargo, por la noche es el cuerpo el que advierte, la mente se sorprende y luego se queja. En ese momento es cuando se me puso el corazón a cien, las piernas me temblaban del esfuerzo, me sobraban los guantes y el gorro, ¡vaya chute! Percibía como la sangre fluía, estaba viva».

Salta el aviso en mi móvil, leo lentamente, es emocionante, me gusta, sin embargo, estalla la alarma en mi cerebro cuando llego al final y observo la firma: el emoticono que llora, las dos manos unidas pidiendo perdón... ¿perdón por qué? ¡Oh, Dios mío! ¿No volverá a intentarlo? Decido llamarla.

—¿Estás ahí, me escuchas? —Me aseguro de que María presta atención.

—Estoy aquí, aunque a medias. Los efectos de los tranquilizantes se están atenuando y la tristeza asoma. No, no me propongas concluir la charla, me ayuda a seguir viviendo, me aporta esperanza y me reconforta.

Puede que sea yo el que no domine ese dolor, pero tengo que mantenerme entero. Será mi manera de apoyarla.

—Cuéntame más cosas de aquella noche, por favor —insisto y confío en que no detecte mi llanto callado.

Oigo su respiración más calmada y me explica:

«Nos acercábamos a la atalaya de Quintanilla, los dulzaineros nos esperaban desde hace unas horas, ya estaban aburridos y entumecidos, pero dispuestos a alegrarnos con su música. Aunque tenían los miembros ateridos sus notas calentaron los ánimos. También bajaron a saludarnos los jóvenes que se encargaban de mantener encendido el foco situado sobre la torre. Descubrí tu cara de sorpresa al escuchar las primeras notas y al ver a la comparsa vestida con sus trajes típicos y arropados con capas. Te quedaste parado, con la mirada perdida y fija en el cuadro que tenías delante: las figuras de los músicos en la penumbra y de fondo las piedras grisáceas de la torre. Levantaste la vista y el reflejo de las estrellas iluminó tus pupilas, los ojos te brillaban, intuí tu emoción. Esa fue la mejor recompensa y el mayor estímulo que pude recibir».

¡Qué bien que haya personas así en el mundo! —pienso—. Por favor continua con tus recuerdos, ¿qué más pasó? —pregunto.

Su voz se debilita, suena endeble, aun así, ella sigue hablando:

«Aquella noche mis pensamientos reconstruían momentos inútiles, como el cielo encendido de estrellas que observaba en mi niñez desde el balcón de mi casa del pueblo o igual que aquel centelleo de la Vía Láctea en los veranos de mi adolescencia. Esas experiencias vivían en mí y salían sin dificultad mientras caminaba por la senda que me acercaba al castillo de San Esteban».

—¡Qué suerte que hoy puedo recordar lo recordado y añadir a esa lista de cosas inanes las imágenes y sensaciones de aquella jornada! —dice esto mientras yo la escucho sin interrumpir.

«Tuvimos que cruzar la carretera, la N-122, allí nos encontramos a la Guardia Civil emplazada en un sentido y en el otro, cortando el tráfico a los vehículos, por cierto, muy escasos. Luego nos explicaron que aparecieron por sorpresa. Vieron luces a

lo lejos y alarmados se pusieron en contacto con el cuartel de la zona, que sí estaba avisado de la actividad y, a falta de mejor quehacer (esto lo añadido yo), nos custodiaron. ¡Qué importantes! Escortados como famosos.

La silueta del castillo era evidente, las casas se disponían en su ladera izquierda como si fueran la larga cola de un vestido de novia rematado por una corona de almenas. Atravesamos las vías del tren y alguien contó que el último pasó en 1975.

La aventura iba perfilando su desenlace, nos aproximamos a la fortaleza donde nos recibieron con un estruendo de trompetas y añafiles, al que se sumaron el tronar de caracolas. El cansancio dominaba los actos, aunque la satisfacción reinaba, además del placer por el reto logrado. Por fin, cada uno de nosotros fue perdiéndose por las esquinas rumbo a su morada, diluyéndose el ruido y las formas. La noche lo ocupó todo».

—Estoy cansada. Dormiré y sin demorarme mucho, porque la vida no me permite procrastinar ni deberes ni placeres, te llamaré. Corregiré el relato mientras las drogas producen su efecto y me envuelven en un estado de semiinconsciencia borrosa. Quiero que esos instantes de discernimiento estén repletos de fotogramas dulces. Desempolvaré los sonidos olvidados y reviviré olores perdidos.

María no llamó.

Pasaron los días. Volvió a estar incomunicada, tuvo otra crisis, otra recaída. Llamaron a la puerta, el cartero traía un sobre, la dirección del remitente era la de la clínica psiquiátrica. Contenía unos folios manuscritos y una nota:

Por favor preséntate al concurso. Gracias.

Cambié nombres, lo volví a redactar, me cuestioné si los protagonistas deberían ser hombres o mujeres, pero lo dejé igual que estaba, la verdad le daba mayor credibilidad. Sonaba sensible y poco original, pero así es cómo ocurrió. Modifiqué la letra, aumenté el tamaño, lo interlineé y le puse título. Lo metí en un sobre y lo llevé al ayuntamiento de San Esteban de Gormaz.

El fallo del concurso sería a las 20:30. Fui por la ilusión que el acto en sí representaba y con el deseo de reencontrarme con María, en las últimas semanas sus fantasmas habían vuelto, no obstante, prometió asistir a la ceremonia. Los asistentes tomaron asiento, las butacas dejaron de estar vacías y la luz se atenuó. El jurado ocupó las localidades de la primera fila, detrás se acomodaron las autoridades y los invitados acreditados. ¡Qué emoción! Nunca me había presentado a un concurso y no esperaba que mi nombre fuese pronunciado. Miraba de reojo por si María llegaba, le había reservado un asiento a mi lado.

Por fin procedieron al nombramiento de los agraciados: el tercero, un señor de pelo cano, el segundo recayó en la mujer de mi derecha, el primero... Sergio. ¡Era yo! Aclamaron mi nombre. No era posible. Sí, sí, me señalaron, me invitaron a subir al escenario junto con los otros finalistas. Me quedé mudo... No, no, no podía hacer eso... Tendría que pronunciar algunas palabras de agradecimiento. ¡Qué alegría! ¿Dónde estaba María? No la veía, quizá al fondo, en la penumbra. Se lo dedicaría y la abrazaría emocionado. Me daban la mano y la enhorabuena, me besaban, me felicitaban. Alcé el trofeo buscando con insistencia a María entre el gentío, entonces vi a su hermano. No me gustó su semblante. Me hizo un gesto con la cabeza...

María acudió... ¡vino a recoger su premio!